



Ni autonomistas ni pactistas.

El Triunfo ha salido a la defensa del artículo titulado 'Un dato más', publicado hace pocas días en sus columnas, y espere pacientemente que, no habiendo acertado nosotros a contestarle, nos hemos entretenido en "pasillos insinuaciones sobre la intención que lo dictó, y hasta creemos que podrá ser el autor del artículo."

Entre todos los defectos que pueda descubrir el crítico más severo en nuestra contestación al citado artículo, no tenemos que se encuentre el de la puerilidad. Hay materias demasiado graves y demasiado serias para que puedan ser tratadas puerilmente; y aunque el artículo de El Triunfo venía esta dificultad por medio de un cuento lleno de oportunidad y de gracia, no quisimos nosotros seguir por ese camino, y dimos a la cuestión el giro que nos pareció y sigue pareciendo más propio de una importancia.

Nada tiene de pueril lo que insinuamos acerca de la intención que se traslucaba en aquel artículo, intención que han visto con tanta claridad como nosotros todas las personas imparciales a quienes hemos podido parecer sobre esta particular, y por lo que respecta a las ligeras indicaciones que hicimos acerca del lugar del escrito en cuestión, como que las escribimos en obsequio de los habituales redactores de El Triunfo, cuyos trabajos nos han parecido algo mejores, política y literariamente considerados, que aquel en que creímos advertir una mano extraña a la redacción del colega. No nos movió, pues, al hacernos, una vana curiosidad, como suponen El Triunfo, sino el deseo de dar una prueba de deferencia que nos ha sido, por cierto, bien mal agradecida.

Hechas estas salvedades, entremos en materia.

Hicimos observar que el artículo de El Triunfo no había dado gran prueba de habilidad periodística diciendo que "no puede dejar de ser absurdo o peligrosísimo un partido en que caben desde el absolutista más intrínseco hasta el republicano más furioso."

En efecto, es muy poco hábil dirigir desde las columnas de El Triunfo un ataque al partido conservador de Cuba, siendo así que el mismo periódico autonomista manifestó hace algún tiempo serio y adreterentes partidos peninsulares, iadereentes el partido de El Triunfo en Cuba desde los ideales autonómicos.

Tan poco hábil se ha mostrado en esta parte el autor de Un dato más, que, después del precedente que acabamos de consignar, le queda únicamente la alternativa de retirar la acusación que dirige contra el partido conservador, o declarar palmariamente que es también absurdo y peligrosísimo el partido autonomista en Cuba.

No nos diga que cuando llamamos la atención de El Triunfo sobre su formal declaración de serlo indiferentes los partidos políticos peninsulares, nos contentó el colega llamando sofista a nuestro razonamiento. No paró en su orgullo, y lo que El Triunfo escribió, escrita esta, sin que haya subterfugios ni palabras duras que basten para borrarlo.

Insiste, sin embargo, el diario autonomista, en que es absurda y peligrosísima nuestra apreciación.

No se trata de una apreciación nuestra: se trata de un hecho innegable. Nadie ignora que el partido conservador de Cuba está formado por hombres que profesan distintas ideas políticas, si bien se mantienen dentro de la más perfecta unidad de doctrinas y aspiraciones en cuanto se refiere a esta isla, por circunstancias que no se ocultan a El Triunfo.

Obstruido, empuje, este colega en encantar alardear un fenómeno que en todos los países y en todas las épocas se ha venido observando, y que se explica sencillamente por la necesidad de olvidar diferencias secundarias para cooperar a la defensa de principios acatados por todos, levan en ofuscación hasta el extremo de suponer que esa unión de hombres de distintas procedencias políticas dentro del gran partido conservador "tiene nada menos que a revivir el estado de guerra." ¿Puede darse mayor ceguedad?

De manera que, según El Triunfo, la unión es el ítem de la guerra, y la división la mayor garantía de la paz. ¿No es esto un absurdo? ¿No es esto un peligro?

De todos los absurdos inspirados por el pasmo de partido, este es, sin duda, uno de los mayores.

Una buena noticia tenemos, sin embargo, que agradecer al colega. Según este, los pactistas repelen la autonomía colonial.

Algo incompatible nos parece con el pacto sinagógico, bilateral y conmutativo la repulión que El Triunfo supone en los pactistas fidede la autonomía colonial, pero, después de pensar que existiera ese desacierto entre pactistas y autonomistas,

¿quiere decirnos El Triunfo a cual de los partidos políticos peninsulares pertenecen los autonomistas cubanos? ¿No se pertenecen a ninguno, estando en ellos representadas tan diversas aspiraciones, fuerza es confesar que tienen gustos diferentes los autonomistas de Cuba; y si las aspiraciones de estos encuentran cabida y apoyo en varios de los partidos políticos de la Península, confiese El Triunfo que han incurrido los autonomistas en el mismo absurdo que pretenden echarnos en cara.

Hemos hablado en sentido hipotético. Por lo demás, estamos muy distantes de aceptar la opinión emitida por el articulista de El Triunfo respecto a los pactistas.

"Los pactistas, dice, no aceptan la autonomía colonial, sino quieren la comunidad de instituciones políticas entre Cuba y España."

Por medio de este singular distinguido pretende El Triunfo demostrar que no anduvo aventurado al suponer que dentro de nuestro partido podrían tener cabida los pactistas, tal vez que, según hemos manifestado la tienen los republicanos más exaltados siempre que no sean autonomistas.

No es necesario demostrar que hay un abismo entre los más exaltados republicanos, no pactistas, y entre los partidarios de las doctrinas que predica el Sr. Pi y Suñer, doctrinas cuya aplicación, aunque tal no sea la intención de sus propagandistas, conduciría irremisiblemente al desmoronamiento de la unidad nacional, tan laboriosamente realizada en muchos siglos de lucha y de progreso.

No debe ignorar El Triunfo que muchos partidarios del sistema republicano federal en España, la mayor parte de ellos sin duda, no aceptan la teoría del pacto ni el juego de la bandera del Sr. Pi, combatiéndole, por el contrario, tan rudamente como los partidos menos avanzados.

Pero volviendo al distinguido que citamos antes ¿qué nos ha querido decir en el El Triunfo?

Si los pactistas quieren comunidad de instituciones políticas entre Cuba y la Península, y en la Península quieren la autonomía de las provincias, ¿están bien claro que lo que desean para Cuba es la autonomía y que, por consiguiente, nada pueden tener de común sus aspiraciones con las del partido conservador de esta Isla?

Al ver afirmado lo contrario el artículo de Un dato más, manifestamos por ello nuestra extrañeza, y solo nos lo pudimos explicar suponiendo que el articulista de El Triunfo ignorase las doctrinas pactistas. Esta suposición ha parecido al colega un rasgo de pedantería, y, sin embargo, nada vemos en ella que no sea muy natural y perfectamente lícito de pedantes pretensiones. No es tan absurda las teorías de los pactistas ni las de los autonomistas para que no puedan ser entendidas por hombres de menos inteligencia que el articulista de El Triunfo; pero es preciso convenir en que él desconoce, o bien aparentando desconocer aquellas teorías, puede captarse la posibilidad de que tengan cabida las preticias en el partido conservador de Cuba.

Ni pactistas ni autonomistas caben dentro de nuestra comunión; y porque creemos firmemente que si logran sustraer una y otra que El Triunfo llamó suya y perpetua, harían necesario un curador ejemplar para las provincias españolas.

El artículo de El Triunfo sobre su formal declaración de serlo indiferentes los partidos políticos peninsulares, nos contentó el colega llamando sofista a nuestro razonamiento. No paró en su orgullo, y lo que El Triunfo escribió, escrita esta, sin que haya subterfugios ni palabras duras que basten para borrarlo.

Insiste, sin embargo, el diario autonomista, en que es absurda y peligrosísima nuestra apreciación.

No se trata de una apreciación nuestra: se trata de un hecho innegable. Nadie ignora que el partido conservador de Cuba está formado por hombres que profesan distintas ideas políticas, si bien se mantienen dentro de la más perfecta unidad de doctrinas y aspiraciones en cuanto se refiere a esta isla, por circunstancias que no se ocultan a El Triunfo.

Obstruido, empuje, este colega en encantar alardear un fenómeno que en todos los países y en todas las épocas se ha venido observando, y que se explica sencillamente por la necesidad de olvidar diferencias secundarias para cooperar a la defensa de principios acatados por todos, levan en ofuscación hasta el extremo de suponer que esa unión de hombres de distintas procedencias políticas dentro del gran partido conservador "tiene nada menos que a revivir el estado de guerra." ¿Puede darse mayor ceguedad?

De manera que, según El Triunfo, la unión es el ítem de la guerra, y la división la mayor garantía de la paz. ¿No es esto un absurdo? ¿No es esto un peligro?

De todos los absurdos inspirados por el pasmo de partido, este es, sin duda, uno de los mayores.

Una buena noticia tenemos, sin embargo, que agradecer al colega. Según este, los pactistas repelen la autonomía colonial.

Algo incompatible nos parece con el pacto sinagógico, bilateral y conmutativo la repulión que El Triunfo supone en los pactistas fidede la autonomía colonial, pero, después de pensar que existiera ese desacierto entre pactistas y autonomistas,

¿quiere decirnos El Triunfo a cual de los partidos políticos peninsulares pertenecen los autonomistas cubanos? ¿No se pertenecen a ninguno, estando en ellos representadas tan diversas aspiraciones, fuerza es confesar que tienen gustos diferentes los autonomistas de Cuba; y si las aspiraciones de estos encuentran cabida y apoyo en varios de los partidos políticos de la Península, confiese El Triunfo que han incurrido los autonomistas en el mismo absurdo que pretenden echarnos en cara.

Hemos hablado en sentido hipotético. Por lo demás, estamos muy distantes de aceptar la opinión emitida por el articulista de El Triunfo respecto a los pactistas.

"Los pactistas, dice, no aceptan la autonomía colonial, sino quieren la comunidad de instituciones políticas entre Cuba y España."

Por medio de este singular distinguido pretende El Triunfo demostrar que no anduvo aventurado al suponer que dentro de nuestro partido podrían tener cabida los pactistas, tal vez que, según hemos manifestado la tienen los republicanos más exaltados siempre que no sean autonomistas.

No es necesario demostrar que hay un abismo entre los más exaltados republicanos, no pactistas, y entre los partidarios de las doctrinas que predica el Sr. Pi y Suñer, doctrinas cuya aplicación, aunque tal no sea la intención de sus propagandistas, conduciría irremisiblemente al desmoronamiento de la unidad nacional, tan laboriosamente realizada en muchos siglos de lucha y de progreso.

No debe ignorar El Triunfo que muchos partidarios del sistema republicano federal en España, la mayor parte de ellos sin duda, no aceptan la teoría del pacto ni el juego de la bandera del Sr. Pi, combatiéndole, por el contrario, tan rudamente como los partidos menos avanzados.

Pero volviendo al distinguido que citamos antes ¿qué nos ha querido decir en el El Triunfo?

Si los pactistas quieren comunidad de instituciones políticas entre Cuba y la Península, y en la Península quieren la autonomía de las provincias, ¿están bien claro que lo que desean para Cuba es la autonomía y que, por consiguiente, nada pueden tener de común sus aspiraciones con las del partido conservador de esta Isla?

Al ver afirmado lo contrario el artículo de Un dato más, manifestamos por ello nuestra extrañeza, y solo nos lo pudimos explicar suponiendo que el articulista de El Triunfo ignorase las doctrinas pactistas. Esta suposición ha parecido al colega un rasgo de pedantería, y, sin embargo, nada vemos en ella que no sea muy natural y perfectamente lícito de pedantes pretensiones. No es tan absurda las teorías de los pactistas ni las de los autonomistas para que no puedan ser entendidas por hombres de menos inteligencia que el articulista de El Triunfo; pero es preciso convenir en que él desconoce, o bien aparentando desconocer aquellas teorías, puede captarse la posibilidad de que tengan cabida las preticias en el partido conservador de Cuba.

Ni pactistas ni autonomistas caben dentro de nuestra comunión; y porque creemos firmemente que si logran sustraer una y otra que El Triunfo llamó suya y perpetua, harían necesario un curador ejemplar para las provincias españolas.

El artículo de El Triunfo sobre su formal declaración de serlo indiferentes los partidos políticos peninsulares, nos contentó el colega llamando sofista a nuestro razonamiento. No paró en su orgullo, y lo que El Triunfo escribió, escrita esta, sin que haya subterfugios ni palabras duras que basten para borrarlo.

Insiste, sin embargo, el diario autonomista, en que es absurda y peligrosísima nuestra apreciación.

No se trata de una apreciación nuestra: se trata de un hecho innegable. Nadie ignora que el partido conservador de Cuba está formado por hombres que profesan distintas ideas políticas, si bien se mantienen dentro de la más perfecta unidad de doctrinas y aspiraciones en cuanto se refiere a esta isla, por circunstancias que no se ocultan a El Triunfo.

Obstruido, empuje, este colega en encantar alardear un fenómeno que en todos los países y en todas las épocas se ha venido observando, y que se explica sencillamente por la necesidad de olvidar diferencias secundarias para cooperar a la defensa de principios acatados por todos, levan en ofuscación hasta el extremo de suponer que esa unión de hombres de distintas procedencias políticas dentro del gran partido conservador "tiene nada menos que a revivir el estado de guerra." ¿Puede darse mayor ceguedad?

De manera que, según El Triunfo, la unión es el ítem de la guerra, y la división la mayor garantía de la paz. ¿No es esto un absurdo? ¿No es esto un peligro?

De todos los absurdos inspirados por el pasmo de partido, este es, sin duda, uno de los mayores.

Una buena noticia tenemos, sin embargo, que agradecer al colega. Según este, los pactistas repelen la autonomía colonial.

Algo incompatible nos parece con el pacto sinagógico, bilateral y conmutativo la repulión que El Triunfo supone en los pactistas fidede la autonomía colonial, pero, después de pensar que existiera ese desacierto entre pactistas y autonomistas,

¿quiere decirnos El Triunfo a cual de los partidos políticos peninsulares pertenecen los autonomistas cubanos? ¿No se pertenecen a ninguno, estando en ellos representadas tan diversas aspiraciones, fuerza es confesar que tienen gustos diferentes los autonomistas de Cuba; y si las aspiraciones de estos encuentran cabida y apoyo en varios de los partidos políticos de la Península, confiese El Triunfo que han incurrido los autonomistas en el mismo absurdo que pretenden echarnos en cara.

Hemos hablado en sentido hipotético. Por lo demás, estamos muy distantes de aceptar la opinión emitida por el articulista de El Triunfo respecto a los pactistas.

"Los pactistas, dice, no aceptan la autonomía colonial, sino quieren la comunidad de instituciones políticas entre Cuba y España."

Por medio de este singular distinguido pretende El Triunfo demostrar que no anduvo aventurado al suponer que dentro de nuestro partido podrían tener cabida los pactistas, tal vez que, según hemos manifestado la tienen los republicanos más exaltados siempre que no sean autonomistas.

No es necesario demostrar que hay un abismo entre los más exaltados republicanos, no pactistas, y entre los partidarios de las doctrinas que predica el Sr. Pi y Suñer, doctrinas cuya aplicación, aunque tal no sea la intención de sus propagandistas, conduciría irremisiblemente al desmoronamiento de la unidad nacional, tan laboriosamente realizada en muchos siglos de lucha y de progreso.

No debe ignorar El Triunfo que muchos partidarios del sistema republicano federal en España, la mayor parte de ellos sin duda, no aceptan la teoría del pacto ni el juego de la bandera del Sr. Pi, combatiéndole, por el contrario, tan rudamente como los partidos menos avanzados.

Pero volviendo al distinguido que citamos antes ¿qué nos ha querido decir en el El Triunfo?

Si los pactistas quieren comunidad de instituciones políticas entre Cuba y la Península, y en la Península quieren la autonomía de las provincias, ¿están bien claro que lo que desean para Cuba es la autonomía y que, por consiguiente, nada pueden tener de común sus aspiraciones con las del partido conservador de esta Isla?

Al ver afirmado lo contrario el artículo de Un dato más, manifestamos por ello nuestra extrañeza, y solo nos lo pudimos explicar suponiendo que el articulista de El Triunfo ignorase las doctrinas pactistas. Esta suposición ha parecido al colega un rasgo de pedantería, y, sin embargo, nada vemos en ella que no sea muy natural y perfectamente lícito de pedantes pretensiones. No es tan absurda las teorías de los pactistas ni las de los autonomistas para que no puedan ser entendidas por hombres de menos inteligencia que el articulista de El Triunfo; pero es preciso convenir en que él desconoce, o bien aparentando desconocer aquellas teorías, puede captarse la posibilidad de que tengan cabida las preticias en el partido conservador de Cuba.

Ni pactistas ni autonomistas caben dentro de nuestra comunión; y porque creemos firmemente que si logran sustraer una y otra que El Triunfo llamó suya y perpetua, harían necesario un curador ejemplar para las provincias españolas.

El artículo de El Triunfo sobre su formal declaración de serlo indiferentes los partidos políticos peninsulares, nos contentó el colega llamando sofista a nuestro razonamiento. No paró en su orgullo, y lo que El Triunfo escribió, escrita esta, sin que haya subterfugios ni palabras duras que basten para borrarlo.

Insiste, sin embargo, el diario autonomista, en que es absurda y peligrosísima nuestra apreciación.

No se trata de una apreciación nuestra: se trata de un hecho innegable. Nadie ignora que el partido conservador de Cuba está formado por hombres que profesan distintas ideas políticas, si bien se mantienen dentro de la más perfecta unidad de doctrinas y aspiraciones en cuanto se refiere a esta isla, por circunstancias que no se ocultan a El Triunfo.

Obstruido, empuje, este colega en encantar alardear un fenómeno que en todos los países y en todas las épocas se ha venido observando, y que se explica sencillamente por la necesidad de olvidar diferencias secundarias para cooperar a la defensa de principios acatados por todos, levan en ofuscación hasta el extremo de suponer que esa unión de hombres de distintas procedencias políticas dentro del gran partido conservador "tiene nada menos que a revivir el estado de guerra." ¿Puede darse mayor ceguedad?

De manera que, según El Triunfo, la unión es el ítem de la guerra, y la división la mayor garantía de la paz. ¿No es esto un absurdo? ¿No es esto un peligro?

De todos los absurdos inspirados por el pasmo de partido, este es, sin duda, uno de los mayores.

Una buena noticia tenemos, sin embargo, que agradecer al colega. Según este, los pactistas repelen la autonomía colonial.

Algo incompatible nos parece con el pacto sinagógico, bilateral y conmutativo la repulión que El Triunfo supone en los pactistas fidede la autonomía colonial, pero, después de pensar que existiera ese desacierto entre pactistas y autonomistas,

¿quiere decirnos El Triunfo a cual de los partidos políticos peninsulares pertenecen los autonomistas cubanos? ¿No se pertenecen a ninguno, estando en ellos representadas tan diversas aspiraciones, fuerza es confesar que tienen gustos diferentes los autonomistas de Cuba; y si las aspiraciones de estos encuentran cabida y apoyo en varios de los partidos políticos de la Península, confiese El Triunfo que han incurrido los autonomistas en el mismo absurdo que pretenden echarnos en cara.

Hemos hablado en sentido hipotético. Por lo demás, estamos muy distantes de aceptar la opinión emitida por el articulista de El Triunfo respecto a los pactistas.

"Los pactistas, dice, no aceptan la autonomía colonial, sino quieren la comunidad de instituciones políticas entre Cuba y España."

Por medio de este singular distinguido pretende El Triunfo demostrar que no anduvo aventurado al suponer que dentro de nuestro partido podrían tener cabida los pactistas, tal vez que, según hemos manifestado la tienen los republicanos más exaltados siempre que no sean autonomistas.

No es necesario demostrar que hay un abismo entre los más exaltados republicanos, no pactistas, y entre los partidarios de las doctrinas que predica el Sr. Pi y Suñer, doctrinas cuya aplicación, aunque tal no sea la intención de sus propagandistas, conduciría irremisiblemente al desmoronamiento de la unidad nacional, tan laboriosamente realizada en muchos siglos de lucha y de progreso.

No debe ignorar El Triunfo que muchos partidarios del sistema republicano federal en España, la mayor parte de ellos sin duda, no aceptan la teoría del pacto ni el juego de la bandera del Sr. Pi, combatiéndole, por el contrario, tan rudamente como los partidos menos avanzados.

Pero volviendo al distinguido que citamos antes ¿qué nos ha querido decir en el El Triunfo?

Si los pactistas quieren comunidad de instituciones políticas entre Cuba y la Península, y en la Península quieren la autonomía de las provincias, ¿están bien claro que lo que desean para Cuba es la autonomía y que, por consiguiente, nada pueden tener de común sus aspiraciones con las del partido conservador de esta Isla?

Al ver afirmado lo contrario el artículo de Un dato más, manifestamos por ello nuestra extrañeza, y solo nos lo pudimos explicar suponiendo que el articulista de El Triunfo ignorase las doctrinas pactistas. Esta suposición ha parecido al colega un rasgo de pedantería, y, sin embargo, nada vemos en ella que no sea muy natural y perfectamente lícito de pedantes pretensiones. No es tan absurda las teorías de los pactistas ni las de los autonomistas para que no puedan ser entendidas por hombres de menos inteligencia que el articulista de El Triunfo; pero es preciso convenir en que él desconoce, o bien aparentando desconocer aquellas teorías, puede captarse la posibilidad de que tengan cabida las preticias en el partido conservador de Cuba.

Ni pactistas ni autonomistas caben dentro de nuestra comunión; y porque creemos firmemente que si logran sustraer una y otra que El Triunfo llamó suya y perpetua, harían necesario un curador ejemplar para las provincias españolas.

El artículo de El Triunfo sobre su formal declaración de serlo indiferentes los partidos políticos peninsulares, nos contentó el colega llamando sofista a nuestro razonamiento. No paró en su orgullo, y lo que El Triunfo escribió, escrita esta, sin que haya subterfugios ni palabras duras que basten para borrarlo.

Insiste, sin embargo, el diario autonomista, en que es absurda y peligrosísima nuestra apreciación.

No se trata de una apreciación nuestra: se trata de un hecho innegable. Nadie ignora que el partido conservador de Cuba está formado por hombres que profesan distintas ideas políticas, si bien se mantienen dentro de la más perfecta unidad de doctrinas y aspiraciones en cuanto se refiere a esta isla, por circunstancias que no se ocultan a El Triunfo.

Obstruido, empuje, este colega en encantar alardear un fenómeno que en todos los países y en todas las épocas se ha venido observando, y que se explica sencillamente por la necesidad de olvidar diferencias secundarias para cooperar a la defensa de principios acatados por todos, levan en ofuscación hasta el extremo de suponer que esa unión de hombres de distintas procedencias políticas dentro del gran partido conservador "tiene nada menos que a revivir el estado de guerra." ¿Puede darse mayor ceguedad?

De manera que, según El Triunfo, la unión es el ítem de la guerra, y la división la mayor garantía de la paz. ¿No es esto un absurdo? ¿No es esto un peligro?

De todos los absurdos inspirados por el pasmo de partido, este es, sin duda, uno de los mayores.

Una buena noticia tenemos, sin embargo, que agradecer al colega. Según este, los pactistas repelen la autonomía colonial.

Algo incompatible nos parece con el pacto sinagógico, bilateral y conmutativo la repulión que El Triunfo supone en los pactistas fidede la autonomía colonial, pero, después de pensar que existiera ese desacierto entre pactistas y autonomistas,



